

(Transcripción no revisada por el autor)

SACRAMENTOS DEL MATRIMONIO Y DE LA EUCARISTIA (2)

P. Rafael Fernández

Segunda charla

Decíamos que la Eucaristía es la renovación del Sacrificio del Gólgota por el cual Cristo nos merece el perdón de los pecados.

Algunos tienden a comprender esto diciendo que si vamos a la Misa, entonces se nos perdonan los pecados. Creo que es importante distinguir entre lo que llamamos en teología "la redención objetiva" y la "redención subjetiva". La redención objetiva es la del Gólgota; Cristo al ofrecer su sangre por la remisión de nuestros pecados nos merece el perdón y la gracia.

Cristo, de una vez para siempre, ofrece un sacrificio único, de valor universal para todos los tiempos y eso es lo que se llama la "redención objetiva". Esto no significa que la humanidad está redimida sino que requiere un paso más. El hombre debe aceptar a Cristo, recibir esa gracia que él nos mereció. Y esto es un acto subjetivo. Cristo mereció para todos los hombres, para todos los tiempos, la redención, pero nosotros tenemos que hacerla nuestra. Y la hacemos nuestra por la fe, cuando nos hacemos uno con Cristo por la fe y en él, tengo la remisión de mis pecados y el nuevo espíritu de hijos que él nos regala.

Por eso, nuestra participación en la Eucaristía, que es la renovación de ese acto del Gólgota, depende de nuestra relación con Cristo. No podemos llegar a co-ofrecer un sacrificio con Cristo, a ser co-redentor con él, si por el pecado hemos cortado la relación con él. Por eso, la participación en la Eucaristía requiere la confesión. Si estamos en pecado mortal, es imposible una participación plena en la Eucaristía. Lo que las personas creen generalmente es que no pueden comulgar; pero tampoco pueden ofrecer plenamente, tampoco pueden expiar plenamente, porque eso puede hacerse en la medida en que estamos unidos profundamente a Cristo. La confesión de los pecados graves es previa a la participación en la Eucaristía. Si hemos pecado gravemente y no nos hemos confesado, podemos estar en la Misa y sin duda que recibiremos gracias, pero nuestra participación será imperfecta. Será perfecta cuando nos hayamos confesado de nuestros pecados graves y podamos participar plenamente con Cristo en su ofrenda.

Los pecados leves se perdonan en la medida de las muestras de amor que nosotros hagamos. La Escritura dice: "La misericordia borra la multitud de los pecados". Una obra de amor, una

limosna que damos con amor, una ayuda, todo eso va perdonando, borrando nuestros pecados leves, que son faltas de delicadeza con Dios, que se borra también con una muestra especial de "delicadeza" con Dios. Y la misma Eucaristía, la voluntad de participar, el fervor con que participemos en la Eucaristía, sin duda que borrará nuestros pecados veniales. Pero la confesión de los pecados graves es condición necesaria para una participación plena en la Eucaristía y no sólo en el momento de la comunión sino en el momento central de ella.

La liturgia de la Misa no es un desarrollo lógico de diversos momentos o partes: primera parte, perdón; segunda, gratitud, tercera alabanza, etc. La Misa es como una sinfonía de la cual ciertos acordes se van repitiendo siempre de nuevo a lo largo de la Misa y que tienen sus momentos cumbres. Desde que iniciamos la Eucaristía pedimos perdón; pero no es el único momento en que lo hacemos; volvemos a pedir perdón en el Padre Nuestro, cuando recitamos el Cordero de Dios, cuando recibimos la comunión, volvemos a pedir perdón al decir que no somos dignos de que el Señor entre en nuestra morada... Con la alabanza, la gratitud, ocurre lo mismo; no sólo está en el Gloria; está también en el Prefacio, en el santo, en la Consagración... En la Misa se da un solo proceso de expiación, de alabanza, de gratitud,

La Eucaristía es un signo sensible por el cual manifestamos a Dios nuestra entrega total, nuestro amor filial. Esto es lo que hace Cristo; le da un sí absoluto a Dios, es la entrega del Hijo al Padre. Y el Hijo alaba al Padre, bendice al Padre, le pide perdón, expía por nosotros ante el Padre. Por eso hablamos de Sacrificio de la Misa. Tenemos que superar el concepto restringido que tenemos de sacrificio sólo como renuncia. Es volcarse al Padre para decirle, en algo sensible: Padre, yo te alabo, yo te bendigo, yo te pido perdón, etc.

Estas facetas, estas dimensiones del Sacrificio se van explayando en las diversas Plegarias Eucarísticas en muchos momentos. Por eso, no busquemos algo lógico, es un proceso divino en el cual está pasando algo y del cual nos hacemos partícipes y en el cual en algunos momentos aflora un aspecto más que otros.

Resumiendo, respecto a los presupuestos para poder penetrar en el proceso de la Eucaristía, decíamos que el primer presupuesto es entender que la Eucaristía es esencialmente la renovación del Sacrificio del Gólgota en el cual se ofrece Cristo como víctima y con él, María en representación nuestra. El segundo presupuesto es saber que Cristo se ofrece como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Hay algo básico, central: Cristo se hace hombre, se hace víctima porque la humanidad ha ofendido al Padre Dios, ha cortado el cordón umbilical con él, ha perdido su carácter filial frente a Dios Padre. Cristo quiere reparar esa ofensa del pecado del hombre, de nuestro pecado.

Nosotros no podíamos hacerlo porque, como humanidad, nos habíamos descolgado de Dios. Y esto es lo que "justifica" que sea Dios mismo, el Verbo, el que toma carne para constituirse en nuestro representante; para que en toda la humanidad pudiera expiar esa desobediencia, pedirle perdón al Padre porque lo ofendimos, porque herimos su corazón de Padre.

Por eso, si no tomamos conciencia del pecado, no podemos entrar en el alma de la Eucaristía, porque la Eucaristía es la ofrenda para borrar los pecados. Si disculpamos el pecado, le quitamos la culpa, ya no es necesario expiar por ese pecado, porque no ha habido culpa y no tenemos nada por lo cual satisfacer o hacer penitencia, reparar. Si tenemos que arrepentirnos, hacer penitencia, reparar, expiar, es sólo porque sentimos y nos duele haber ofendido al Padre, no haberle respondido amor con amor; haber seguido nuestro capricho, nuestras ganas, nuestros planes y no lo que él quería. El pecado es esencialmente la desobediencia a Dios; es una desobediencia que le da vuelta las espaldas a Dios. En el pecado hay un desorden, pero la gravedad del pecado es la ofensa, la desobediencia. Más que el hecho en sí lo que duele a Dios es la desobediencia. La gravedad de la ofensa no está solamente en cuanto al desorden sino en cuanto a quien ofendemos. Si es al cónyuge a quien ofendemos, es mucho más grave que ofendemos a una persona con quien no tenemos nada que ver. Si decimos un garabato al cónyuge es mucho grave que lo digamos a cualquier otra persona. Con el pecado estamos ofendiendo a Dios, a quien más nos ha amado.

Tiene que surgir en nosotros una delicadeza de conciencia que es muy extraña en el hombre actual. El hombre no tiene el sentido filial y por eso no tiene el sentido del pecado. Cuando el hombre corta el cordón umbilical, se hace independiente, autónomo y no tiene a nadie a quien pedirle perdón; no ha ofendido a nadie. Máximo se equivoca, comete errores, pero un ofende a Dios...

Para entrar en la dinámica de la Eucaristía habría que decir lo mismo que dijo el Señor: "Si ustedes no se convierten interiormente como los niños, no entran en el Reino de los cielos; no podrán participar en la Eucaristía... Porque lo que yo hice en el momento del Gólgota, y que es lo que renuevo en la Eucaristía, es un acto de obediencia filial al Padre Dios, fue la muestra más grande de mi obediencia, de mi amor de hijo al Padre fue mi sí cruento hasta la muerte... "Se hizo obediente y obediente hasta la cruz, hasta la ignominia..." Nosotros no podemos repetir, unirnos a este sacramento si no somos también niños, hijos como yo...

Toda la espiritualidad eucarística, para actualizarse, está impregnada del espíritu filial, de la filialidad, del ser niño ante Dios.

Tendríamos que hacer la aplicación de muchas cosas. Partimos de la base que la vida esponsal y familiar es la preparación para participar en Celebración Eucarística. Si en nuestra vida concreta no tenemos conciencia de pecado, conciencia de alabanza, de gratitud, de ofrenda; si no vimos en nuestra familia en ese espíritu; si en nuestra casa no está la presencia de ese Dios a quien queremos de todo corazón, del cual dependemos en forma radical, a quien alabamos y agradecemos constantemente, llegamos a la Misa con las manos vacías. Porque lo que hacemos en la Misa es recoger todo eso de nuestra "eucaristía cotidiana", de la vida diaria. Todo lo llevamos al momento sacramental que es la Eucaristía: todas las ofrendas de cada día, todo el amor filial, para unirlos al de Cristo y presentarlo al Padre. Entonces todo ese amor adquiere toda la densidad de la entrega de Cristo, del mismo Señor.

3. Tercer presupuesto: Saber que Cristo se ofrece vicariamente por nosotros.

Es el concepto de la vicariedad, del representar a otro, de hacer algo en nombre de otro, por otro, en lugar de otro.

Cristo ofrece el Sacrificio del Gólgota como Cabeza de la humanidad, como Cabeza de la Iglesia. El es el Primogénito de toda creatura. Lo que haga él repercute en todos nosotros.

Aquí podríamos hablar de algo que pasa en el plano natural. Hemos dicho solamente que esto es una armonía de compenetración de naturaleza y gracia, de organismo humano y divino del amor. En el plano humano somos solidarios; los papás son los representantes vicarios de todos sus hijos, los responsables de ellos. Lo que hacen los papás repercute en ellos, para bien o para mal. Si son malos papás, ¡pobres hijos! Si no trabajan por ellos, no tendrán que comer, si no les dan cariño, serán deficientes psicológicamente. Los papás repercuten en ellos naturalmente. Nadie de la familia puede decir que él es solo él, porque lo que hace, aunque sea a escondidas, de alguna u otra manera, repercute en todos. Somos un cuerpo naturalmente solidario, nadie puede desentenderse del otro.

En una sociedad individualista el tomar conciencia de esto significa mucho. Lo que está sufriendo una persona que no tiene es culpa de nosotros. No podemos lavarnos las manos; todos somos responsables del todo; somos un solo cuerpo social.

Y esta realidad natural, en el plano sobrenatural es mucho más honda, más profunda. Nosotros formamos casi un cuerpo físico con Cristo. El Señor decía: "Como el sarmiento está injertado en la vid, así Estamos injertados, estamos sumergidos en Cristo, somos un solo Cuerpo, una sola realidad. Nosotros estamos relacionados, somos interdependientes, pero la intensidad de la pertenencia en la realidad sobrenatural es inmensamente más profunda. San Pablo dice:

Estamos injertados, estamos sumergidos en Cristo, somos un solo Cuerpo, una sola realidad. A partir de la realidad natural lo elevó Dios a una realidad sobrenatural. "La gracia presupone la naturaleza, la sana, la eleva, la perfecciona.

Este cuerpo nuevo se rige por la ley de la vicariedad. A la cabeza de todo está Cristo y María. Y más abajo se va repitiendo, en infinitas formas, la misma representatividad de Cristo. Ustedes, como esposos, lo representan para sus hijos. El presidente de la República, para toda la nación. En cada cabeza está Cristo en forma vicaria, o debiera estar. Cada cabeza está llamada a representar a Cristo. Cada cristiano es responsable del mundo. Nosotros como Iglesia somos un pequeño núcleo de personas, un puñado de personas que vicariamente representan a los millones y millones de habitantes de este planeta. Nosotros los representamos a todos, vicariamente, en este momento.

Y cuando participamos en la Eucaristía, no lo hacemos nunca solos, como individuos, porque nunca ni naturalmente ni mucho menos sobrenaturalmente somos uno. Cada persona es siempre un nosotros. Cada persona es responsable vicariamente de la redención de muchos. Cada uno de nosotros, de su mundo, de su círculo; por de pronto, de su familia, de su cónyuge, de sus hijos. Y por eso, en representación de ellos, acude a pedir perdón, a agradecer, a expiar o entregar al Señor su gratitud por ellos. La gratitud que ellos le deben al Padre Dios, a pedir perdón y a traerle la expiación que hace por ellos.

Cuando llegamos a la Eucaristía, si no traemos esto, no lo estamos viviendo. Venimos como representantes que fueron comprometidos por Cristo como corredores.

Esto da a nuestra Eucaristía una dimensión muy distinta. Desde el inicio, cuando decimos Señor ten piedad, Cristo, ten piedad, Señor, ten piedad, no pedimos perdón sólo por nuestras propias culpas sino también por la culpa de nuestro cónyuge, por el pecado de mi hijo, de mi hija. Yo tengo que expiarlo, si es que realmente estamos viviendo la Eucaristía en forma vicaria, si nos estamos introduciéndonos en el Sacrificio vicario de Cristo.

Esta es la riqueza de la Eucaristía. De otro modo no tiene sentido, es repetir y repetir algo sin ahondar, sin sumergirse en ella. O nos metemos en forma muy superficial, ya sea para escuchar su palabra, para tener un momento de gratitud, pero sin esta conciencia vicaria.

San Pablo dice una fuerte muy fuerte: "Cristo se hizo pecado por nosotros". El que era sin pecado, que no tenía ningún pecado, el que no tenía ninguna necesidad de expiar, se hizo pecado por nosotros. Y por eso se realiza en él ese misterio del Siervo de Yavé... "por sus

heridas hemos sido sanados". Por su expiación nosotros merecimos la gracia, hemos sido curados por sus heridas; él cargó con nuestras culpas.

Cuando san Pablo dice: "Yo completo en mi carne aquello que falta a la cruz de Cristo, en favor de su Iglesia", está expresando lo mismo.

A cada Eucaristía traemos al Señor aquello que le faltaba: mi expiación por otros. Esto es lo que nos hace ser cristianos, imágenes de Cristo que expía por todos.

La realidad del carácter vicario está muy unida al carácter de la solidaridad, del entrelazamiento de destinos que tanto vivió el Padre con la Familia en el tiempo de Dachau y que nos dejó como herencia como alma de Schoenstatt.

¿Qué es el Jardín de María sino esta realidad? A la definición del Jardín de María que dice: Son pequeñas imágenes de Cristo y de María que, en Cristo y por Cristo, giran en torno al Padre Dios", podíamos agregar: "para ofrecerle un sacrificio perdón, de gratitud, de alabanza, de expiación".

Es esta comunidad, este entrelazamiento de destinos que va a la Eucaristía en representación de muchos a ofrecer.

Piensen cómo este "serán un solo cuerpo", del matrimonio, en el plano natural, se eleva a esta otra realidad sobrenatural y "son una sola ofrenda". Piensen en su vida concreta, matrimonial, hasta qué punto ustedes están viviendo esta entrega a Dios, al alabar juntos al Padre, al pedir perdón juntos al Padre, en expiar juntos los pecados propios y de sus hijos; de sus compañeros de trabajo, de grupo, de esta sociedad...

Esto nos daría otra visión. Por eso es que insistimos tanto que el matrimonio se considere una unidad actuante, no sólo funcionalmente. Que desde dentro esté sintonizado: somos un solo corazón que alaba al Padre en Cristo; somos un solo corazón que expía, una sola carne. Esto lleva al matrimonio a una intimidad profunda, a una relación mucho más que aquello que puede ser un buen diálogo y una ayuda del sicólogo para entenderse

Tenemos que establecer otro tipo de comunicación, otro tipo de diálogo, otro tipo de crecimiento, otra atmósfera entre ambos cónyuges. Ustedes están representando esa biunidad redentora de Cristo y María que se hicieron una sola ofrenda por los suyos. Pero esto tienen que vivirlo, reactualizarlo, reeditararlo, y expresarlo, en forma cumbre, en la Eucaristía.

Por eso cada Eucaristía les refuerza su vida matrimonial, ese vivirlo antes, pidiendo al Padre, expiando con su sacrificio, con su dolor, con su cruz, el pecado de los suyos. Entonces la vida matrimonial tiene otra dimensión.

Por eso estamos llamados a ser luz del mundo y sal de la tierra. Por eso, de nuestros hogares tiene que partir la renovación de la Iglesia; del matrimonio, de la vida matrimonial a la Eucaristía, y de la Eucaristía nuevamente a la arena, a la vida diaria, para hacer que nuestro hogar sea un foco de redención. Que aquí haya un foco, un lugar, un hogar, una hoguera de redención, de alabanza, de gratitud, de expiación en la vida cotidiana.

¡Cómo tendrían que rezar los esposos! Hay tan dificultad para rezar juntos. Aquí estamos en algo muy primario. Tenemos que hacer un recorrido para un crecimiento, sobre todo los militantes, porque ustedes han recibido la gracia para comprometerse en la Iglesia, en un movimiento de renovación como es Schoenstatt. Ustedes han recibido una cantidad enorme de gracias, para que poder ser focos de renovación a partir de sus hogares.

La parte central de la Misa, la cumbre, donde todo se condensa es el momento de la Consagración, el ofertorio de Cristo nuestro ofertorio en ese momento.

La comunión es el sello de todo este proceso, cuando Cristo nos dice que él quiere vivir en nosotros y con nosotros; que en y con nosotros quiere alabar al Padre; que quiere hacernos uno con él, que quiere quedarse en nosotros para siempre, que el quiere establecerse en nuestro corazón.

Así tenemos que ver la Eucaristía y no solamente como un momento para conversar, para dialogar un poco con nosotros.

Cuando recibimos a Cristo, si lo recibimos como matrimonio, ése es el momento más hondo de unidad, más que la vida íntima que puedan tener en el plano físico. Los espíritus están mucho más fundidos el uno en el otro en el momento de la comunión. En Cristo son uno más que en ninguna otra persona. Todos somos uno en Cristo, pero el matrimonio vive esa unidad en una intensidad infinitamente mayor por el sacramento del matrimonio. El momento más hermoso de comunidad no es aquel cuando nos deseamos la paz sino cuando estamos juntos en silencio agradeciendo al Señor su presencia en nosotros, por ser uno en él, una sola ofrenda, una ofrenda viva de alabanza a él.

4. Cuarto presupuesto: para participar en la Eucaristía necesitamos tener una mentalidad simbólica.

La Eucaristía es un sacramento. El sacramento es un signo, es un símbolo. En el sacramento pasa algo ritual, que es simbólico, con lo cual se está significando algo.

Desde que entramos al altar estamos haciendo signos. El sacerdote besa el altar. ¿Qué significa esto? Porque el altar representa a Cristo y lo besa porque va a entrar en comunión con Cristo.

Después el sacerdote saluda, abre los brazos. Esto quiere significar que venimos a celebrar como hermanos, como comunidad, a ofrecernos con el Señor. Y dice a la asamblea que el Señor está con ellos y ellos le responden que también está con él.

Toda la Misa es una cantidad de símbolos, de signos. Tenemos un mantel blanco, una cruz. La cruz no es solamente un adorno, sino que allí está presente el Sacrificio del Gólgota. Hay cirios encendidos porque representan la luz de la fe y del amor y que sólo a esta luz podemos entender este misterio.

Todo es una acción simbólica: objetos, palabras, gestos; el pan y el vino separados, el romper la hostia, etc. son signos que nos tratan de introducir simbólicamente en el proceso interno de lo que está pasando. Mientras más hieráticos seamos, mientras menos simbólicos y expresivos seamos, más difícil se nos hará la participación en la Misa.

También tenemos que ver cómo estamos respecto a esto en el plano humano. ¿Expresamos nuestro amor simbólicamente? ¿Nos expresamos en símbolos? ¿Hemos aprendido el lenguaje de los símbolos?

A una cultura que es individualista, que ha cortado con Dios y que es racionalista, le es muy difícil participar en la Misa, porque en ella sólo participamos cuando entendemos de qué se trata el amor, lo que significa en el amor una ofensa, un pecado, qué significa acercarse y reparar una falta; estar juntos y ofrecerse juntos. Hay que saber lo que es el amor, ser capaz de romper el individualismo. Con una mentalidad individualista y racionalista no se puede comprender la Misa.

Tenemos que aprender el lenguaje simbólico, poético, las expresiones y gestos litúrgicos, los objetos. Todo esto nos ayuda a introducirnos en el alma de la liturgia de la Celebración Eucarística.